

1928-1937



## UN PERIÓDICO DE UN CUARTO DE PENIQUE

G. K.'s Weekly, 29 de diciembre de 1928

El *Ami du Peuple* es un periódico parisino. Se fundó hace unos seis meses, y ha conseguido algo realmente peculiar y extraordinario en un mundo en el que todo es una «sensación», ya que se vende a diez *centimes*, bastante menos de un cuarto de penique el ejemplar. Es un diario generoso, de gran formato, con noticias, artículos y caricaturas que cumplen perfectamente con los estándares habituales, y cierta inclinación por el deporte, los crímenes, el sentimiento nacionalista y la propaganda antialemana. No tiene nada de anormal excepto el precio.

Tampoco es que haya ninguna necesidad de sorprenderse ante dicho fenómeno, porque los propietarios del *Ami du Peuple* lo acaban de explicar todo al respecto, en un manifiesto enorme que han colgado por las paredes de París dondequiera que pegar carteles no esté *défendu*. Al leer este manifiesto, uno descubre con agradable sorpresa que el *Ami du Peuple* no es como otros periódicos; fue el espíritu cívico más puro, sin contaminar por miserables intenciones de lucro, el que impulsó su nacimiento. Los propietarios, que ocultan su rubor tras el anonimato, están vaciándose los bolsillos por el mero placer de hacer el bien a hurtadillas. Sus objetivos, nos informan, son hacerles la guerra a los grandes trusts empresariales, luchar por un coste de la vida más bajo y, por encima de todo, combatir a los periódicos poderosos que están asfixiando la libertad de expresión en Francia. A pesar de los siniestros intentos de esos otros periódicos por dejar al *Ami du Peuple* fuera de combate, este seguirá luchando hasta el final. En resumen, esto es todo cuanto implica su nombre.

Uno aplaudiría a este último bastión de la democracia con mucho más ímpetu, claro está, si no resultara que sabe que el propietario del

*Ami du Peuple* es monsieur Coty, un gran industrial capitalista, propietario asimismo del *Figaro* y el *Gaulois*. Y uno miraría también con menos recelos al *Ami du Peuple* si su postura política no fuese antirradical y antisocialista, del tipo «tengamos concordia en la industria, démonos la mano y hagamos las paces». Pero todo eso no viene al caso en este momento. Las preguntas importantes, obviamente, son estas: ¿cubre sus gastos el *Ami du Peuple*? Y si es así, ¿cómo?

La segunda pregunta es la que verdaderamente importa. Dado que el avance del progreso se encamina hacia trusts cada vez más grandes y ruines, cualquier divergencia es digna de atención, lo que nos sitúa más cerca de ese día en que el periódico no será más que un folleto de publicidad y propaganda, con unas pocas noticias apropiadamente censuradas para dorar la píldora. Es muy probable que el *Ami du Peuple* subsista gracias a la publicidad, pero es igualmente posible que obtenga solo unos beneficios indirectos, transmitiendo el tipo de propaganda que interese a monsieur Coty y sus socios. En el manifiesto mencionado más arriba se afirmaba que los propietarios quizá llevaran su filantropía a un nuevo sùmmum regalando el *Ami du Peuple*, sin coste alguno. No es algo tan imposible como pueda parecer. Vi un diario (en la India) que se repartió gratuitamente durante un tiempo con aparentes beneficios para sus promotores, un círculo de anunciantes que habían descubierto que un periódico gratuito era un medio barato y satisfactorio de darse autobombo. Su diario estaba bastante por encima del nivel medio del país, y solo suministraba, por descontado, las noticias que ellos mismos aprobaban, ni una más. Ese recóndito periódico indio prefigura el objetivo lógico del periodismo moderno; y deberíamos prestar atención al *Ami du Peuple*, pues es un nuevo paso en esa misma dirección.

Pero tanto si sus beneficios son directos o indirectos, el *Ami du Peuple* ciertamente está prosperando. Su tirada es ya muy larga, y aunque se puso en marcha sencillamente como un diario matutino, ahora se han creado también una edición vespertina y otra nocturna. Sus propietarios no faltan en absoluto a la verdad cuando afirman que otros periódicos han hecho todo lo posible por aplastar a este paladín de la libertad de expresión. Esos otros (movidos también ellos, claro está, por los más elevados motivos altruistas) han llevado a cabo un noble intento por excluirlo de las tiendas donde se vende prensa, e incluso lo han conseguido en lo que respecta a los quioscos. En algunos comercios pequeños, además, de dueños socialistas, en los escaparates hasta se puede ver

expuesto un cartel que dice «Ici on ne vend pas l'*Ami du Peuple*». Pero al *Ami du Peuple* esto no le preocupa. Se vende con fuerza en las calles y los cafés, lo venden los barberos, los estanqueros y todo tipo de gente que nunca antes se había dedicado a vender periódicos. A veces lo dejan sencillamente en el bulevar, amontonado en grandes pilas, junto con una lata para las monedas de dos *sous* y ni una sola persona atendiendo. Está claro que los propietarios están decididos, por las buenas o por las malas, a convertirlo en el periódico más leído de París.

Y suponiendo que lo consigan, entonces ¿qué? Es obvio que el *Ami du Peuple* va a hacer que desaparezcan uno o más de los periódicos menos prósperos; algunos ya están empezando a pasar apuros. Al final, cabe suponer que, o serán arrasados, o sobrevivirán imitando las tácticas del *Ami du Peuple*. Por este motivo, cualquier periódico de su clase, sean cuales sean sus intenciones, es un enemigo de la libertad de expresión. Hoy en día Francia es la patria de la libertad de expresión, en la prensa al menos. Solo en París hay docenas de periódicos: nacionalistas, socialistas y comunistas, clericales y anticlericales, militaristas y antimilitaristas, prosemitas y antisemitas. Están el *Action Française*, un periódico monárquico que sigue siendo una de las principales cabeceras, y el *Humanité*, el diario más rojo que hay fuera de la Rusia soviética. Está *La Libertà*, escrito en italiano, aunque puede que en Italia ni siquiera se vendiera, y mucho menos se publicara. En París se imprimen periódicos en francés, inglés, italiano, yiddish, alemán, ruso, polaco y lenguas cuyos meros alfabetos resultan irreconocibles para un europeo occidental. Los quioscos están atiborrados de diarios, todos diferentes. El trust de la prensa, del que los periodistas franceses empiezan ya a quejarse, todavía no existe realmente en Francia. Pero el *Ami du Peuple*, al menos, está haciendo el más noble de los esfuerzos por convertirlo en una realidad.

Y suponiendo que este tipo de cosa resulte ser rentable en Francia, ¿por qué no probar en otras partes? ¿Por qué no íbamos a tener nuestro periódico de un cuarto de penique, o al menos de medio, en Londres? Al igual que el periodista no existe más que como el agente de publicidad de las grandes empresas, alcanzar una tirada larga, por los medios que sean, es el principal y único objetivo del periódico. Hasta hace poco, varios de nuestros diarios conseguían llegar al nivel deseado de «ventas netas» siguiendo el sencillo método de regalar de vez en cuando unos cuantos miles de libras en los torneos de fútbol. Ahora los torneos de fútbol han sido suspendidos por ley, y sin duda algunas tiradas se ha-

brán pegado un feo batacazo. Aquí tenemos, por tanto, un ejemplo valioso para nuestros magnates de la prensa inglesa. Que imiten al *Ami du Peuple* y vendan sus periódicos a un cuarto de penique. Aunque no sirva para nada más, al menos los pobres diablos del público sentirán al fin que lo que se les da vale exactamente lo que han pagado por ello.

ERIC A. BLAIR

### EL ALBERGUE

*The Adelphi*, abril de 1931

Era la última hora de la tarde. Cuarenta y nueve de nosotros, cuarenta y ocho hombres y una mujer, esperábamos echados sobre la hierba a que abriese el albergue. Estábamos demasiado cansados como para hablar gran cosa. Simplemente nos hallábamos allí, tumbados, con los cigarrillos de liar sobresaliendo de las caras sucias. Sobre nuestras cabezas, las ramas de los castaños estaban cubiertas de flores, y más allá las nubes lanudas flotaban casi detenidas en el cielo claro. Desperdigados por el prado, formábamos una deprimente chusma urbana. Echábamos a perder el paisaje como las latas de sardinas y las bolsas de papel que la gente arroja en la playa.

Si abríamos la boca, era para hablar sobre el encargado de los vagabundos en el albergue. Todos estábamos de acuerdo en que era un demonio, un tártaro, un tirano, un perro ruidoso, blasfemo y miserable. Cuando estaba cerca, no se podía estar seguro ni de la propia sombra, y muchos vagabundos habían recibido patadas en mitad de la noche por haber discutido con él. Cuando uno se acercaba a que le registraran la ropa, era capaz de ponerlo boca abajo y darle una buena sacudida. Al que le encontrara tabaco le esperaba un infierno, y que Dios ayudara a quien llevara dinero encima (cosa rigurosamente prohibida).

Yo llevaba ocho peniques. «Por Dios, compañero —me advirtieron los más veteranos—, no intentes entrar con dinero. ¡Te caerían siete días por entrar en el albergue con ocho peniques!»

Así que enterré el dinero en un hoyo bajo el seto y marqué el lugar con una piedra. Enseguida nos pusimos a escondernos lo mejor posible

las cerillas y el tabaco, que están prohibidos en casi todos los albergues y que se supone que uno debe entregar en la puerta. Nos los metimos en los calcetines, salvo el 20 por ciento más o menos que no llevaba calcetines y que tuvo que escondérselos en las botas, incluso bajo los dedos de los pies. Nos llenamos los tobillos de aquel contrabando hasta el punto de que cualquiera que nos hubiera visto se habría imaginado un brote de elefantiasis. Sin embargo, es una regla no escrita que ni siquiera los más severos encargados buscan por debajo de las rodillas, y al final solo cogieron a uno, a Scotty, un vagabundo bajito y peludo con un acento que parecía un hijo bastardo del que hablan los obreros de Glasgow. La lata que llevaba repleta de colillas se le cayó del calcetín en el momento menos oportuno y le fue incautada.

A las seis, las puertas se abrieron y entramos arrastrando los pies. Un funcionario que estaba en la puerta apuntó nuestros nombres y otros detalles en el registro y nos quitó los fardos que llevábamos. A la mujer la enviaron al hospicio y a los demás, al albergue. El lugar era lóbrego y frío, de paredes encaladas, y consistía en un cuarto de baño, un comedor y alrededor de cien estrechas celdas de piedra. El temible encargado salió a nuestro encuentro en la puerta y nos condujo en manada al cuarto de baño para que nos quitaran la ropa y nos registraran. Era un hombre desabrido, de unos cuarenta años y con pinta de soldado, que nos trató con menos ceremonia que la que habría correspondido a un rebaño de ovejas al que se conduce a un estanque en medio de gritos y maldiciones. Sin embargo, cuando llegó mi turno me miró fijamente y me dijo:

—¿Es usted un caballero?

—Supongo que sí —respondí yo.

Volvió a mirarme un buen rato y finalmente añadió:

—Pues eso sí que es mala suerte, hombre. Realmente mala.

A partir de ese momento se le metió en la cabeza tratarme con compasión, incluso con cierto respeto.

Aquel cuarto de baño ofendía la vista. Todos los indecentes secretos de nuestra ropa interior quedaron expuestos: la suciedad, los desgarrones y remiendos, los trozos de cuerda que hacían las veces de botones, las capas y capas de prendas hechas pedazos, algunas convertidas en meras colecciones de agujeros, que si no se deshacían era por obra y gracia de la mugre. La sala se convirtió en una humeante prensa de cuerpos desnudos en la que el olor a sudor de los vagabundos competía con el hedor del propio albergue, queapestaba peor que las heces. Algunos se

negaron a bañarse y se limitaron a lavar los horribles y grasientos andrajos con los que los vagabundos suelen envolverse los pies. Cada uno de nosotros tuvo tres minutos para bañarse. Solo había seis toallas grasientas y resbaladizas para todos.

Después del baño se llevaron nuestra ropa y, a cambio, nos entregaron la vestimenta del hospicio, una suerte de camisones de algodón gris que nos llegaban a la mitad de los muslos. Luego nos enviaron al comedor, donde ya estaba servida la cena. Se trataba del invariable rancho de los albergues, siempre el mismo, sin importar si se trata del desayuno, la comida o la cena: un poco de pan, un poco de margarina y una taza de algo que pretendía ser té. Nos llevó cinco minutos deglutir aquella comida barata y nociva. Entonces, el encargado nos entregó a cada uno tres mantas de algodón y nos condujo a las celdas donde pasaríamos la noche. Las puertas se cerraban por fuera un poco antes de las siete de la tarde, y así permanecían durante las siguientes doce horas.

Las celdas medían dos cincuenta por uno cincuenta y no tenían luz eléctrica, solo un ventanuco con barrotes en la parte alta de uno de los muros y una mirilla en la puerta. No había chinches, y teníamos un catre y un colchón de paja, ambos un auténtico lujo; en muchos albergues se duerme sobre tablas de madera, y en otros sobre el suelo desnudo, con una chaqueta enrollada por almohada. Con una celda para mí solo y una cama, confiaba en disfrutar de una noche de profundo reposo. No fue así, porque en los albergues siempre hay algo que no sale bien; la peculiaridad de este, como descubrí de inmediato, era el frío. Era a comienzos de mayo, y en honor a la estación —un pequeño sacrificio, quizá, a los dioses de la primavera— las autoridades habían cortado la calefacción. Las mantas de algodón resultaban prácticamente inútiles; uno se pasaba la noche dando vueltas, caía dormido durante diez minutos y se despertaba después medio congelado y deseando que amaneciera.

Como siempre sucede en los albergues, cuando finalmente conseguí quedarme dormido había llegado la hora de levantarse. El encargado recorrió el pasillo con pasos sonoros y gritándonos que nos levantáramos. Rápidamente, el pasillo se llenó de escuálidas figuras en camisón que corrían hacia la sala de baños, porque por la mañana solo había un cubo de agua para todos y se trataba de ser los primeros. Cuando llegué allí, veinte vagabundos se habían lavado ya la cara. Eché un vistazo a la negra espuma que coronaba la superficie del agua y decidí seguir sucio durante el resto del día.